

Reseñas

Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca, *Modernidad, posmodernidad, globalización y territorio*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco/Miguel Ángel Porrúa, 2003

Gustavo Garza*

Una forma justa de reseñar un libro es restringir los comentarios a los propósitos y objetivos del autor, esto es, a los términos en que ha sido planteado. El trabajo que nos ocupa establece en su introducción una doble motivación: *i*) demostrar la problemática y la complejidad teórica del tema; *ii*) facilitar su comprensión, también teórica, mediante un proceso de reflexión sintética (p. 8). La autora se pregunta al respecto: ¿cómo hacerlo en países como los latinoamericanos del sur, entre los que incluimos a México, en donde la teoría se ha subordinado al trabajo empírico, y la reflexión y la propuesta sobre un futuro propio y autodeterminado han sido sustituidas por la adopción de modelos importados? (p. 8).

De inicio estamos de acuerdo sobre la subordinación de la gran mayoría de los investigadores mexicanos en ciencias sociales respecto a los enfoques, conceptos, metodologías, teorías y hasta prioridades de investigación de los países del primer mundo. Sin embargo, el señalamiento de la subordinación de la teoría al “trabajo empírico”, si por éste se entiende la incorporación de estadísticas que cuantifiquen el fenómeno estudiado, no deja de extrañar pues la quintaesencia del quehacer científico es reflejar las características que definen la realidad según la información existente. En el extremo opuesto, se requiere diferenciar lo teórico de lo retórico, así como los trabajos de corte ensayístico de la investigación con rigor estadístico, única forma de entender y explicar la realidad. Desde Aristóteles se ha llegado al entendimiento de que los conceptos imaginados (una especie de postura neokantiana donde el concepto antecede al objeto) que no se desprenden de los hechos, no tienen ninguna validez científica.

Sea como fuere, Ramírez aclara que el libro es fruto de una inquietud de muchos años, donde se entremezclan la investigación que ha realizado hasta el momento con las discusiones al respecto, así

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México. Correo electrónico: ggarza@colmex.mx

como la “necesidad de actualizar y seleccionar los temas con los que es preciso interactuar con los alumnos a través del proceso de enseñanza aprendizaje” (p. 11). En este carácter se tiene que considerar el trabajo, pero de inicio se recibe con beneplácito su aparición, pues constituye uno de los escasos libros sobre esta temática que intentan sintetizar con fines de docencia la compleja cuestión territorial que subyace en las corrientes de pensamiento denominadas *modernismo* y *posmodernismo*.

El trabajo se estructura en ocho capítulos. En el primero se presenta la modernidad con sus aspectos regionales; el segundo se refiere a los aportes territoriales de la posmodernidad; el tercero a lo concerniente a la globalización y el territorio. Los siguientes se apartan de las cronologías que dan título al libro para abordar ciertos temas de la disciplina urbano-regional: los modelos neoclásicos (capítulo 4); los distritos industriales y las metrópolis (capítulo 5); la geografía histórica de Hågerstrand y el estructuralismo de Giddens (capítulo 6); la producción del espacio-tiempo de Lefebvre y Foucault (capítulo 7); y el paradigma ambientalista (capítulo 8). Como se evidencia, el título no se adecua del todo a su contenido completo; pero dejemos este detalle y veamos su capitulado. Por razones de espacio nos limitaremos a comentar los capítulos 1, 2, 3, 5 y 7, que revisten mayor interés para nosotros.

Antes que eso cabe mencionar que en la introducción se sitúa el debate de la cuestión territorial en tres orientaciones diferentes: económica, urbana, y cultural (p. 7). Independientemente de la adecuación de esta taxonomía disciplinaria en que están ausentes los enfoques sociológicos y políticos, extraña la ausencia de la historia urbana, en la que autores como Adna Weber, Gerald Bresse, Gerald Burk, Bert Hoselitz, Lewis Mumford, tan sólo por citar algunos, han realizado contribuciones invaluable al conocimiento de la evolución de los espacios urbanos. Soy consciente de que por señalar esto, se me puede clasificar como modernista y muy alejado del posmodernismo; más aún, veo en esta última corriente aspectos conceptuales más relacionados con las artes y el diseño, y en forma más bien retórica en términos de su vinculación con elementos teóricos y metodológicos de las ciencias sociales, en lo cual coincido al parecer con Ramírez, como se verá al comentar el capítulo 2.

**Modernidad, globalización, desarrollo y región:
¿paradigmas encontrados?**

La cuestión espacial fundamental que se presenta con la modernidad —entendida como la evolución social de los últimos dos siglos— trata sobre la explicación y la solución de las desigualdades regionales. En esta dirección Ramírez afirma que:

Se destinaron múltiples recursos, justificados en posiciones teóricas, para terminar con las diferencias; sin embargo, después de muchas décadas de intentos, en la actualidad —en la época de la globalización, de la posmodernidad, o del posfordismo—, estas desigualdades sociales y territoriales no sólo persisten, sino que se mantienen y agudizan a pesar de los adelantos científicos y tecnológicos alcanzados (p. 15).

Para intentar contestar a la pregunta de si es posible eliminar las desigualdades entre las naciones y sus regiones, vincula esta interrogante a la denominada modernidad, proceso que se remonta al surgimiento de la revolución industrial y el capitalismo en el siglo xvii. Después de describir las peculiaridades de la conceptualización de modernidad, desarrolla en el último inciso del capítulo el vínculo entre el desarrollo y la región desde el punto de vista de la geografía, y allí se vuelve al tema de las desigualdades regionales.

Dejando de lado la discusión sobre la pertinencia de la modernidad como categoría adecuada para analizar la estructuración del espacio, cabría mencionar que para propósitos pedagógicos pudiera ser más conveniente empezar con el vínculo entre el modo de producción capitalista y el impulso revolucionario que imprimió al milenar proceso de urbanización iniciado alrededor de 8 000 años antes. Dentro de la urbanización capitalista habría que destacar la función que las ciudades jugaron y juegan, en su carácter de monumentales fuerzas productivas sin las cuales la producción privada no sería posible. En el modo de producción capitalista la acumulación tiene indudablemente una dimensión espacial sin la cual no es posible comprender la evolución económica del sistema.

Las desigualdades regionales e interurbanas son consustanciales al capitalismo, sí, pero aunque son una de las problemáticas que intenta resolver, no constituyen una contradicción insuperable que amenace la dinámica del proceso de acumulación del capital.

Posmodernidad y diferencia: sus aportes al análisis territorial

De inicio se conceptúa la posmodernidad como “una nueva etapa en la evolución de la humanidad ante el fracaso del progreso que la modernidad no alcanzó...” (p. 37). Más específicamente, con la “posmodernidad se readecuan las escalas de análisis de los territorios, favoreciendo la importancia de lo micro y negando, en ocasiones, la escala macro como una parte importante de la dinámica propia que las regiones adoptan” (p. 37). Se agrega que el posmodernismo como paradigma se inicia en las áreas de la estética, el diseño, la psicología y la lingüística, pero se extiende a lo urbano-regional por priorizar el espacio como elemento clave para la “comprensión de los acontecimientos o de los objetos que interpreta” (p. 38).

Considerando que al final del capítulo Ramírez afirma que “la posmodernidad [...] no es una discusión que se esté dando más en los campos académico e intelectual” (p. 52), con lo cual estamos totalmente de acuerdo, pensamos que quedará como otra de las “modas” conceptuales que cíclicamente aparecen en el ámbito académico, aunque seguramente podrá conservar su validez en la arquitectura y las artes.

Dentro del intento pedagógico del libro, quizás sería conveniente introducir el agotamiento de la revolución industrial, con todas las características territoriales que trajo consigo, y la emergencia de la nueva revolución terciaria dentro de la teorización de la denominada sociedad post-industrial. Las implicaciones espaciales son verdaderamente importantes, y todo parece indicar que acentuarán las desigualdades internacionales e intranacionales, aspecto que destaca reiteradamente Ramírez.

En cualquier caso, las dimensiones subjetivas de los procesos “macro” se han venido desarrollando desde inicios del siglo pasado dentro del análisis weberiano de la “acción social” *versus* los “procesos sociales”, enfoque que desarrolla Bourdieu con los conceptos del campo y el *habitus*. Incluso dentro del esquematismo de las grandes estructuras del pensamiento marxista, es posible diferenciar los niveles de análisis que constituyen los modos de producción, de las formaciones económico-sociales concretas, donde caben todas las especificaciones de los sujetos individuales y las instituciones. Además, es innegable que la lógica espacial que subyace en el proceso de acumulación de capital seguirá siendo una categoría central en cualquier intento de entender la estructuración espacial de las actividades económicas y la población mientras el capitalismo siga existiendo.

Globalización y territorio: la neutralización del problema

Según el Banco Mundial, ningún país del planeta puede dejar fuera de su agenda de gobierno al fenómeno de la globalización, pues de una u otra manera resulta afectado por él. En este capítulo, Ramírez agrupa en tres las tendencias de pensamiento relacionadas con el proceso de globalización: *i)* los modernistas; *ii)* los planificadores; *iii)* los críticos (p. 55).

Dejando de lado la primera postura, dentro de la de los planificadores un primer grupo considera la expansión del mercado global como una manifestación hacia el progreso, el cual tiene dos vertientes: la orientación neoliberal y la que augura la desaparición del Estado-nación (p. 56). Un segundo grupo de planificadores, sociólogos o políticos reconoce a la globalización como un nuevo desafío y acepta la necesidad de modernizar los gobiernos locales o adoptar una “tercera vía” para orientar el proceso global (p. 56).

Los críticos se dividen entre aquellos que definen a la globalización como un mito, los que la consideran resultante de la modernidad, y los que la perciben como “inextricablemente ligada con los movimientos de capital, de las mercancías, de la gente” con sus imaginaciones y prácticas (p. 58).

Una de las conclusiones de la autora se centra en dos características comunes para todos los países donde se desarrolla: *i)* la cuestión espacial explícita en aspectos como comunicaciones, redes o relaciones; *ii)* el debate sobre cómo construir, entender y resolver el futuro de la sociedad contemporánea (p. 59).

Parecería necesario que fuera más específica en la dimensión territorial del proceso de globalización y que mencionara la conceptualización y los grandes problemas taxonómicos en torno a las ciudades globales, los megaproyectos internacionales que están desarrollando varios países, las exigencias infraestructurales del capital transnacional en las naciones del tercer mundo, etc., pero es de esperarse que se presente en los capítulos 5 o 7.

Finalmente, después de debatir las características de la globalización, la autora concluye que las teorías del norte esconden las formas específicas en que el fenómeno nos afecta y más aún, ocultan las “...nuevas formas y tendencias para salir de nuestras carencias y problemas” (p. 75). En nuestra opinión, sin embargo, el diseño de políticas alternativas no es cuestión de que lleguen “teorías” del norte, sino de que se sustituyan políticamente los grupos gobernantes que comparten

intereses con el capital trasnacional en forma incompatible con un modelo de desarrollo propio que supere los desequilibrios estructurales del neoliberalismo ortodoxo.

Distritos industriales, redes o metrópolis ampliadas: de Marshall al regulacionismo

Con un intento de síntesis entre las concepciones de la naturaleza del Estado como regulador del proceso productivo capitalista y sus implicaciones territoriales se inicia un quinto capítulo muy interesante, aunque su título posiblemente desorienta a los estudiantes; quizás fuera más adecuado el de “Teoría regulacionista y dimensión espacial de los paradigmas tecnológicos”.

Después de definir el regulacionismo en su tránsito del fordismo al posfordismo (más sus variantes: neotaylorismo, toyotismo, kalmarismo, etc., p. 100), Ramírez destaca que se habla de una “nueva geografía económica” (p. 101). A escala internacional, se organizan los espacios “en distritos industriales como una nueva forma de organización, en espacios especializados de producción y generación de servicios tecnológicos, como los tecnopolos”.

Para los propósitos pedagógicos que persigue el libro, cabría aclarar que los parques y distritos industriales aparecen a finales del siglo antepasado; el “padre” de ellos, el de Trafford, Manchester, fundado en 1886. En Estados Unidos The Clearing Industrial District inicia operaciones en 1899, le siguen el North Kansas City Industrial District en 1900 y el Central Manufacturing District of Chicago, en 1905. Incluso el “centro de innovación” más significativo del mundo, El Valle del Silicio (corredor de San Francisco a San José, California) se inicia en los años cuarenta en el ambiente bélico de la segunda guerra, en pleno apogeo del sistema fordista.

Dejando de lado esta precisión que evidencia la relevancia de la historia urbana y regional, la parte más importante del capítulo se refiere a las dos soluciones a la crisis del fordismo: *i)* unas más organizadas o “redes de distritos”; *ii)* otras menos planeadas o “nebulosas de redes” (p. 112). A este respecto se afirma:

Sin embargo, en la discusión se agrega una tendencia hacia la conformación de megalópolis como la predominante en las regiones que ganan y que adoptan forma de redes de distritos con algunos distritos de

redes metropolitanas medias (Munich o Milán), o bien distritos de redes como Los Ángeles o nebulosas de redes (p. 112).

Estos nebulosos ámbitos espaciales que el enfoque regulacionista maneja con gran ligereza, probablemente porque no son la unidad de análisis principal, habría convenido precisarlos con los múltiples trabajos existentes en la denominada “ciencia regional”.

Adicionalmente, para una futura reedición sería recomendable incorporar en estas concepciones y dentro de la misma corriente francesa en que tanto se apoya la autora, a Jean Lojkine, que en su libro *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, desmenuza el nexo de la regulación del proceso de acumulación de capital con la acción del gobierno en la creación de las condiciones generales de la producción y la necesidad de dilucidar si éstas desempeñan una función equivalente a la maquinaria en la composición orgánica del capital.

De Lefebvre y Foucault a la dimensión metodológica de producción del espacio-tiempo: diferencia, escalas, relaciones del territorio

La parte de Lefebvre se circunscribe a su obra *La producción del espacio*, que Ramírez sintetiza en 11 páginas en forma muy bien estructurada. Establece de inicio tres puntos importantes del libro: *i)* el espacio social distinguible por la yuxtaposición del espacio físico y el mental; *ii)* la complejidad del espacio social como continente de relaciones sociales de reproducción y relaciones de producción; *iii)* el espacio social como representaciones simbólicas que sirven para la coexistencia y cohesión de las relaciones sociales (pp. 142-143).

La idea es, por tanto, presentar en este capítulo algunos de los aportes más significativos de la obra de Lefebvre en relación con su idea del espacio, y agregar en una segunda parte el enfoque correspondiente de Foucault.

La parte de Lefebvre la centra en cuatro “debates fundamentales” que constituyen los incisos de la parte correspondiente a este autor: *i)* la concepción social del espacio; *ii)* la naturaleza y el espacio social; *iii)* las dimensiones generales y particulares del espacio; *iv)* la jerarquización de las relaciones en el espacio y su articulación (p. 143). Cabe mencionar que entre estas cuestiones no se encuentra el asunto central del libro en relación con el proceso de producción del espacio, pero volveremos sobre esto después.

La concepción social del espacio real y mental se centra en los aspectos de la práctica espacial, las representaciones del espacio, y los espacios de representaciones, cuyos significados nos explica Ramírez en forma muy entendible dada la complejidad de los planteamientos de Lefebvre.

Siendo innecesario resumir la síntesis, nos referiremos al comentario final donde se menciona que sus dos aportaciones, también fundamentales, son el analizar el espacio a partir de su particularidad y su producción, y abrirlo a una jerarquización de relaciones y a una simultaneidad de partes (pp. 152-153).

La multidimensionalidad del espacio social, dada la infinidad de relaciones sociales particulares, recuerda el planteamiento de Françoise Perroux en 1950 sobre el espacio económico, definido por las relaciones existentes entre los elementos económicos. Aunque existen tantos espacios económicos como relaciones entre los objetos que comprenden la ciencia económica (Perroux, 1950: 23), el autor los reduce por conveniencia a tres: *i*) el espacio económico *definido por el plan* —de cada empresa—; *ii*) el espacio económico como *campo de fuerzas* —del que se desprende el concepto de “polos de crecimiento”—; *iii*) el espacio económico como agregado homogéneo —cuando las firmas enfrentan situaciones de mercado semejantes— (Perroux, 1950: 26).¹

Al parecer, Perroux cae en una especie de enfoque neokantiano según el cual existen tantos espacios como las miles de relaciones económicas del mercado. La categoría de espacio, según esta visión, deja de tener algún sentido para la investigación científica de regiones y ciudades con un andamiaje estadístico riguroso. A las relaciones económicas se les llama “espacio”, lo que sería equivalente al concepto de *interrelaciones* entre industrias y empresas.

Algo semejante podría pensarse del espacio mental de Lefebvre y de los espacios de representaciones, pues una cosa son las relaciones sociales *en* el espacio, y otra las relaciones sociales mediante las cuales se construye el espacio, esto es, que son *del* espacio. Lo mismo es aplicable al concepto de *campo* o “espacio social” de Pierre Bourdieu.

En este sentido, según nuestro entender, la aportación real de Lefebvre es haber desarrollado dentro de una perspectiva histórico-filosófica el viejo planteamiento de la edificación de las condiciones generales de la producción que estructuran regiones y ciudades. Po-

¹ Françoise Perroux, “Economic Space: Theory and Applications”, *Quarterly Journal of Economics*, vol. 64, febrero, 1950.

niendo como ejemplo a Venecia, hace una primera distinción entre lo que sería una obra (*work*) o un producto. A este respecto afirma que si bien puede considerarse que la ciudad feudal fue una obra, las ciudades capitalistas como espacios reproducibles son resultado de acciones repetibles, por lo que constituyen productos: “Así, el espacio es indudablemente producido aun cuando la escala no sea la de las principales supercarreteras, aeropuertos o infraestructura pública” (Lefebvre, 1991: 75; traducción libre).² Más específicamente, “puesto que la ‘ciudad’ constituye un medio de producción [...] existe un conflicto entre el carácter social de su producción y la propiedad privada de su localización” (Lefebvre, 1991: 88-89; traducción libre). Las edificaciones construidas conforman una “brutal condensación de las relaciones sociales” que es fácilmente discernible en el estilo de los edificios administrativos del siglo XIX, en las escuelas, estaciones de ferrocarril, presidencias municipales, estaciones de policía o ministerios” (Lefebvre, 1991: 227; traducción libre). Es pues claro que la producción del espacio en Lefebvre se refiere al tejido urbano que caracteriza a las ciudades, y en cuanto tal, es de relevancia central en el estudio de las ciudades en su función de fuerzas productivas de la sociedad. Es crucial para la disciplina, por tanto, entender las relaciones sociales desplegadas para dicha construcción de las ciudades.

No estando familiarizado con la obra de Foucault y habiéndome extendido más de lo prudente en una reseña, sólo he de agregar que en la síntesis de Ramírez se evidencia que se trata de un enfoque más bien filosófico-sicológico, pues Foucault “se centra en el cuerpo como superficie de inscripciones de sucesos y lugar de disociación del Yo [...] tiene un gran interés por entender el tiempo en que vive” (p. 153). No obstante la relevancia filosófica de este tipo de reflexiones, me atrevería a decir que estas concepciones se distancian mucho de la categoría de espacio relevante para la denominada “ciencia regional”.

Finalmente, en su epílogo Blanca Ramírez asienta que su idea en el libro fue “dialogar con las teorías”, cosa que ha realizado en forma muy sistemática y tan comprometida que estoy seguro de que (al igual que pasó conmigo, como se desprende de mi intromisión en dicho diálogo) hará sentir a sus estudiantes y lectores el entusiasmo de ser partícipes de los debates sustantivos sobre las categorías fundamentales de la producción del espacio social.

² Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Oxford, Reino Unido, Blackwell, 1991.